Despedida de año
Autor: Manolo Campa

Terminaba el año cuando me acusaron de aguafiestas… de acciones u omisiones contra el jolgorio, el bullicio, la reunión familiar. Revisé las evidencias que mis críticos presentaban y éstas eran contundentes, tenían razón: el fiestero de antaño se había transformado en el aburrido ermitaño de hoy. Contrito accedí a participar, en familia y con organizada algarabía, en la pagana fiesta con que se despide el año viejo y se recibe el nuevo.

La organizadora de todo, mi esposa, sugirió a hijas y nueras permitir a los nietos estar despiertos "hasta que el sueño los rindiese"… beneficio que aunque no me incluía a mí, me acogí a él.

Sin aceptar ser antisocial, declaro que para mí esa noche es igual a todas las del año: desde las diez el sueño me va embelesando. Casi a las once, aún estoy en pie con los ojos abiertos, más dormido que despierto. Morfeo, el dios mitológico, hijo del Sueño y de la Noche, se apodera de mis sentidos. A las once y unos minuticos más, mientras todos compartían alegremente, a escondidas me desplomé plácidamente en un sofá, en un lugar apartado.

A las once y cincuenta estaba previsto empezar a descorchar la sidra, tarea a mi cargo… y notaron que había desaparecido. Mi mujer, desde su puesto de mando en la cocina, dio la orden para mi búsqueda y captura. Descubierto mi paradero, uno a uno, hijos y nietos trataron de revivirme… y lo consiguieron en parte, cuando entre varios me pusieron de pie y entreabrí los ojos.

Sostenido por mis dos hijos y escoltado por nietos y nietas me llevaron en procesión hasta el comedor. Me sentaron en una silla… y con gran placer volví a cerrar los ojos. Me cogieron "in fraganti" y ya no me dieron tregua… no tuve remedio: claudiqué y aletargado, de mala gana, descorché las botellas de sidra asturiana.

Faltando un minuto para la medianoche, las copas estaban servidas, las uvas contadas y repartidas. Todos estuvimos atentos al televisor observando la naranja iluminada que desde un edificio del "downtown" de Miami, en su descenso consumía los últimos segundos del año viejo.

¡Las doce! Bulla, brincos, besos, abrazos, algarabía de matracas y de voces de mayores y niños. Mientras afuera se escucharon disparos que no debieron hacerse, dimos y recibimos los besos de año nuevo.

Para mi primera mortificación del año me pusieron delante un platico con doce uvas y una copa de sidra… tradición mundana en dos especies. Apresuradamente, al ritmo de las doce campanadas, fui engullendo las uvas y tomando sorbitos de la sidra bien fría, cuyas burbujitas saltarinas acabaron de despertarme haciéndome cosquillas en la nariz.

¡De pronto sonó el timbre de la puerta! Sin darnos tiempo de llegar para abrir, sonó de nuevo… le siguieron unos porrazos dados con unos puños de gladiador que aligeraron mis pasos hacia el umbral. No era un gladiador, era una amazona corpulenta. Era mi vecina americana que fue sargento en los "Marines" que venía a decirnos "japiniulliar". Desde que le regalo aguacates y mangos y le ensalzo el "suflé" de boniatos amarillos con almendras y merengue que nos trae el día de "Thanksgiving", me tiene mucho aprecio.

¡Y sí que es expresiva, efusiva… trituradora! Me abrazó con la fuerza demoledora del más rudo luchador que se luce en la televisión. Mis costillas sufrieron la expresión de afecto. El estrechón fue acompañado de una ración de besos a la usanza militar francesa: uno en cada mejilla y sonado con un chirrido similar a un frenazo de rueda de bicicleta.

El año que viene me esconderé dentro de la caseta de las herramientas en el patio... Allí no me encontrarán y además de dormir sin ser descubierto, me libraré del abrazo y los besos de la hermana de Tarzán. Esta es una de mis resoluciones a cumplir en el año que acabamos de estrenar.

EN SERIO:

La vida es como una obra escénica dividida en actos. El último día de cada año se cierra el telón y termina una parte para abrirse al comenzar el nuevo año y continuar la trama. Tú, los otros y yo, somos los actores en el "teatro del mundo" que con nuestra actuación en este capítulo que acaba de empezar podemos sembrar amor u odio, alegrar o entristecer, hacer reír o llorar.

Cada año son muchas las intenciones o resoluciones que nos proponemos los que queremos "hacer un mundo mejor". Un buen número se malogran al no pasar de los sueños a los esfuerzos. Algunas al ser vencidos los esfuerzos por el cansancio. Otras aplastadas por el peso de las miserias humanas: desilusión, apatía, pesimismo, desesperanza.

"El cansancio de los buenos" es un padecimiento que lo tratan y curan los que saben con la ayuda del Espíritu Santo. El Santo Espíritu, al "llenar nuestras mentes de ideas y nuestros corazones de fuego", fortalece nuestros principios con criterios cristianos y nos infunde los dones necesarios para defenderlos.

Ten presente… no lo olvides: El secreto para "renovar la faz de la tierra" durante este Acto 2016 del libreto de tu vida, no está solo en que tengas buenas intenciones… ¡Está en que las realices!